

Mujeres KARIN SAGNER
que pisan
fuerte

PASEAR, CAMINAR, DESCUBRIR

Prólogo de Marta Sanz
Traducción de Lidia A. Griffoll



MAEVA



Índice



PRÓLOGO

Caminando:
pensamientos y zancadas en gerundio

- 7 -

INTRODUCCIÓN

Mujeres que pisan fuerte

- 15 -

CAPÍTULO I

De los paseos de la nobleza a los paseos
de la burguesía

- 35 -

CAPÍTULO II

Sin rumbo por las calles de la ciudad:
paseo y ocio

- 61 -

CAPÍTULO III

Pasos liberadores en la naturaleza

- 87 -

CAPÍTULO IV

Hacia la cumbre

- 111 -

BIBLIOGRAFÍA

- 133 -

CRÉDITOS DE IMÁGENES

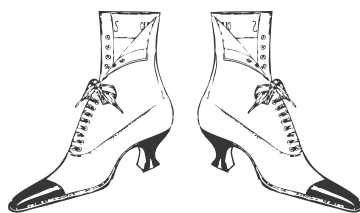
- 136 -

John Singer Sargent (1856-1925)

Una ráfaga de viento, 1887

Óleo sobre lienzo, 61,6 x 38,1 cm

Colección privada



Caminando: pensamientos y zancadas en gerundio

MARTA SANZ



- ✿ Caminar es avanzar hacia delante. Con el paso firme de quien decididamente tiene un objetivo que cumplir. Caminar, en este caso, es una acción con reminiscencias políticas. Hay mujeres ejemplares que han caminado así a lo largo de la Historia con una velocidad casi deportiva y claridad de ideas. Como si llevaran una antorcha en el puño. Con eficacia, rigor, demostrando una contundencia que desdice un estereotipado concepto de lo femenino o feminiza el coto cerrado de una virilidad inexpugnable. Lavanderas, trabajadoras de telares, agitadoras de la clase acomodada.
- ✿ Imagino los pies de las sufragistas dentro de sus botines de cordones. Medio tacón que hace ruido sobre los adoquines. Los pies de estas mujeres no danzan encerrados en zapatos de cristal que les hacen juanetes y que, al menor golpecito, pueden quebrarse cortándoles la delicada piel de los pies. Oigo el paso firme sobre el pavimento de una avenida donde se ha convocado una manifestación. Le debemos gratitud a la manera de andar de estas mujeres. A la firmeza de una voluntad y un optimismo proyectados en cada paso.
- ✿ Otras mujeres zigzagueamos. Nos quedamos prendidas a las ramas de un bosque que nunca llegamos a ver, disfrutamos del trayecto con una ineficacia, parecida a esa indolente pereza que tampoco nos está autorizada. Hay que amasar el pan y curarle los catarros a la prole. Llevar impecablemente el libro de cuentas. Remendar los calcetines frente al fuego para no desperdiciar ni un segundo. Trasladarse –no salir a pasear– para desempeñar tareas prácticas como recoger té en los riscos o tomillo para aromatizar los asados de carne.
- ✿ El paseo hedonista y la desocupación colocan a las mujeres en la franja de peligro de las tentaciones, la curiosidad o la formulación de preguntas incómodas. El paseo hedonista, si una lo piensa bien, induce a salir corriendo para no volver jamás.
- ✿ Volar de flor en flor y descansar un rato entre los pistilos de una caléndula. Pulgarcita. *Libelular*. Pero alguien dice: «Pies quietos». Pasear está prohibido porque está

prohibido vigorizarse, llenarse los pulmones, perder el blancor de las melifluas consumidoras de vinagre o de las embarazadas que han de guardar reposo. Estarse quietas para poder concebir.

- ❖ Recuerdo a la joven esclava de Escarlata O'Hara que llega tarde y sin una comadrona que la acompañe para asistir a Melania, desencajada por los dolores del parto. La esclava se ha entretenido a lo largo del camino. A lo mejor, a ratos, ha ido a la pata coja y se ha imaginado ser quien no era. Se ha balanceado sobre sus propios pasos y, en ese balanceo hay sensualidad, conciencia del cuerpo, la pisada bailarina en contacto con la tierra, distracción, disipación, sonrisa, o tal vez reencuentro introspectivo con la memoria y la vida interior. La muchachita negra canturrea de vuelta a casa. No sabe la bronca que le espera. Pero puede que la tardanza y las disipaciones hayan merecido la pena. O sean una dulce venganza. La primera rebelión.
- ❖ Hace años e incluso hoy mismo las mujeres peripatéticas no eran pensadoras –o tal vez sí: piensan en volver a su país, peceras llenas de agua, huidas, devoluciones de dinero, cómo disimular...–, sino vendedoras de la propia carne sin alcoba fija en el prostíbulo. «¿Dónde andarás hasta esas horas?», le espeta a su hija el hombre que todavía sale de picos pardos los fines de semana.
- ❖ Algunas mujeres caminan para ser miradas. Algunas lo hicieron para ser miradas y elegidas. Pienso en la generación de nuestras abuelas dando vueltas por los soporales de una plaza mayor. Vestidas de domingo, bien abrigaditas para combatir el frío mesetario, cogidas del bracete. Pasear era el paso previo para ser mirada y elegida. El paso previo para ser socialmente aceptada y aceptable. El paso para *ser*.
- ❖ «La mujer atada a la cama y con la pata quebrada» leían aguardentosas voces en los azulejos cómicos de los castizos bares. Donde huele a gallineja y encurtido. Pero mi abuela Juana no pasaba un solo día sin salir a la calle para «mover el tacón». Viva Juanita.
- ❖ Algunas mujeres siguen caminando para ser miradas: las modelos, sobre las pasarelas, lanzan el paso, largo y cruzado, hacia adelante en una tijereta imposible para las chicas de pierna corta. Son espectaculares. Todo el mundo las observa. Incluso cuando se tuercen el tobillo, resbalan, caen de sus tacones y nos hacen reír.
- ❖ Ahora caminamos por los paseos del colesterol. Cada pueblo y cada ciudad cuenta con un espacio en el que, a primera hora de la mañana o a la caída de la tarde, las mujeres caminamos, ataviadas con el chándal y la camiseta deportiva. El nuevo ritmo impreso en la zancada es el de estar a punto de echar a correr, pero sin echar a correr del todo. La instrucción es filosóficamente compleja. Yo siempre tengo la sensación de que me paso o no llego. Lo hago mal.
- ❖ Dentro de la casa o en los claustros circulares, las peripatéticas convertimos la acción de andar en el desencadenante del pensamiento y las epifanías. Camino por

el corto pasillo de mi casa, como un hámster en la rueda, enlazando silogismos. Memorizando hermosas palabras y bellas imágenes. Inventando artefactos o historias monstruosas. Combatiendo la inercia de vivir y las fuerzas centrífugas. Caminar me invita a volverme hacia mis repliegues. Tan dentro de mí.

- ✿ No me subo a la cinta de correr porque me entra flato y desvirtúa el verdadero sentido de mi caminar meditabundo. El pensamiento muta en gota gorda y glándula sudorípara. Medidas y pesos. No.
- ✿ Caminar puede ser lo mismo que viajar. «He andado muchos caminos, he abierto muchas veredas; he naufragado en cien mares, y atracado en mil riberas». Lo escribió Antonio Machado cuando aún no existía la clase turista en las líneas aéreas ni los vuelos *low cost*.
- ✿ Mis huellas a veces pisan la marca que han dejado los pasos de los hombres. Meto mi pie pequeño dentro de ese rastro profundo y también busco las pisadas de otros pies más ligeros y leves. Pies que tuvieron que andar de puntillas. O quizá con un exceso de modestia. Las ninfas, las hadas, las mujeres que escribían con plumas de ave y se manchaban las yemas con pigmentos amarillo cadmio o azul índigo.
- ✿ Hoy usamos botas con suelas gordas y punteras reforzadas de aluminio. Aumentamos el peso de las monedas de nuestros zapatitos de claqué. Somos el sujeto de nuestras caminatas. Paseamos por el gusto de reconocernos. O de mirar.
- ✿ Cuando viajo a una ciudad nueva la recorro andando arriba y abajo. Ando mirando hacia el suelo y también hacia las azoteas adornadas con esculturas que parece que se van a caer llamadas por la fuerza de la gravedad. El vuelo y la caída son acaso otras formas del paseo.
- ✿ Ando marcándome rutas para reconocer lo que espero y también buscando perderme para encontrar lo inesperado. Soy la dueña de mis pasos y mi tiempo. Puedo deslizarme a través de los pasadizos y meter la nariz en los callejones sin salida. Desandar. Equivocarme.
- ✿ A veces, cuando camino sola por una ciudad extraña, siento que alguien me persigue y vuelvo la cabeza. Compruebo que nadie queda a mis espaldas. No sé si vuelvo la cabeza porque me siento amenazada o porque deseo que alguien me acompañe. No sé si las dos emociones son exactamente la misma. Me sonrío y pienso que estoy completamente loca. Luego me doy cuenta de que no soy responsable de mis desequilibrios y de que, en la acera de enfrente, hay una mujer que acaba de hacer el mismo gesto que yo.
- ✿ Aún caminamos con varias cargas sobre los hombros. Quizá una serie de imanes pegada a la columna vertebral nos magnetiza y nos arrastra hacia nuestro origen. Para que no nos separemos mucho. Somos una galga atada a la pared con una correa y un gancho.

- ❖ «Anda como una potranca, como una yegua...», decía mi abuelo de esas mujeres que no *ajaponesaban* sus pasitos milimétricos. Pido mis disculpas a las japonesas y también a las chinas que se vendan los pies.
- ❖ La elegancia de los pasitos cortos tal vez sea el método científico para que no lleguemos muy lejos. Lo mismo sucede con: la indumentaria estrambótica, el raso que se rompe solo con rozarlo, las telas que encogen y se ensucian, los polisones, la altura del tacón, la opresión del corsé, los sombreros que enturbian la perspectiva lateral, los sujetadores que alzan el busto hasta la altura de la boca...
- ❖ Soy una mujer que mira y que, cuando anda, preferiría no ser mirada por nadie. Camufladita dentro de mis anoraks. Esa actitud es igual de enfermiza que la de los exhibicionistas que se abren el abrigo y enseñan la verga a la puerta de un colegio. Procuro mirar con atención, incluso con descaro, sin comedimiento, todo lo que me interesa. Sin embargo, me oculto como un caracol. Soy una linda tapada. Un adefesio. La fantasma de la ópera en las alcantarillas. Me pego a los muros de las fachadas mientras camino.
- ❖ He recorrido sola París de punta a punta. Praga, Milán, Viena, Perugia, Edimburgo. Sola. Muchas ciudades de la península Ibérica. Mientras lo hacía, anotaba en un cuaderno todo lo que no quería olvidar: el nombre de un palacio, el inesperado descubrimiento de las casas floreadas de Otto Wagner, la ubicación exacta de un bar del Barrio Latino en el que me había reído mucho, un puente de Praga que había soñado antes de verlo y ponerle nombre. Sobre el puente, en mi sueño, no había turistas. Caminar a veces es un *déjà vu*. He caminado aprendiendo. No para ser vista, sino para ver.
- ❖ Sin embargo, algunas veces es imposible quitarse otros ojos de encima y, en ese instante del paseo, nace una fragilidad que se parece mucho al desamparo de no ser mirada por nadie. Mientras se pasea sola por una ciudad extraña se puede padecer el síndrome de Stendhal y también otras patologías asociadas al hecho cierto de ser una mujer.
- ❖ Caminar es una experiencia física. Mientras estoy caminando, tomo conciencia de mi cuerpo: el peso de las piernas, la aceleración cardiaca, las rozaduras. El sudor. La cara se me queda acartonada e inmóvil, como una careta, por efecto de la neviza o del frío polar.
- ❖ Mientras estoy caminando se tejen los hilos que unen mi dentro y mi fuera. Mi hígado y mis recuerdos se anudan con las agujas de las catedrales o con una hermosa puesta de Sol.
- ❖ El paseo, el viaje, la excursión campestre miden nuestro miedo a la libertad. Nuestros temores y también nuestra intrepidez. No pienso dar un paso más o, por el contrario, ya ha caído la noche y sigo caminando para descubrir la siguiente laguna

prometida en el paisaje. Como en muchas otras cosas, santa Virginia Woolf y las mujeres alpinistas son una inspiración. Sobre todo, santa Virginia. Para qué nos vamos a engañar.

- ✿ El paseo, el viaje, la excursión campestre transforman en un espacio hiperestésico la naturaleza o la retícula urbana. El lobo y el hombre del saco. El sacamantecas o Jack el Destripador habitan en los parques de atracciones y en las zonas de columpios abandonados. Un, dos, tres, al escondite inglés. Pies quietos. Apretamos los párpados hasta ver rojo por dentro. Luego, abrimos mucho los ojos. Sacudimos la cabeza. Nos quitamos la caspa de las mangas. Seguimos caminando con mucha decisión.
- ✿ El paseo, el viaje, la excursión campestre: metáfora sexual. Atravesamos túneles. Exponemos al aire la piel. Sentimos el aliento en el cogote de las fieras acechantes.
- ✿ Pero también trepanamos las cuatro paredes de la alcoba, la cocina. Derribamos la empalizada del hogar. Y en ese acto de transgresión las mujeres se limpian de una grasa íntima que podría ser encantadora, pero que a menudo no lo es. Aburrimiento y habitaciones con mala ventilación.
- ✿ Otras veces nos adentramos en el bosque o en las avenidas adornadas con árboles eléctricos. Exploramos lo desconocido y nuestro propio placer. Tomamos la iniciativa y marcamos el ritmo hasta que las piernas nos duelen o nos salen rozaduras. Sarna con gusto. Hasta que nos da la gana. Hasta el límite que queremos o no queremos traspasar.
- ✿ La metáfora erótica del paseo se desliza y cae, bien lubricada, por la hendidura de un árbol. Por la madriguera. Pasear es un modo de leer y leer también es caminar.

Marta Sanz

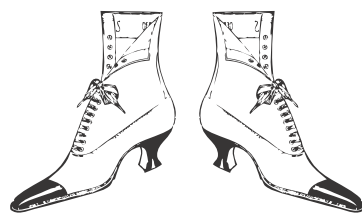


Joaquín Sorolla (1863-1923)
Paseo del faro, Biarritz, 1906
Óleo sobre lienzo, 68,3 x 188,6 cm (fragmento)
Museum of Fine Arts, Boston



«Las caminatas son la mejor forma
de moverse cuando se quiere descubrir
la verdadera vida. Son el camino
a la libertad.»

ELISABETH VON ARNIM (1866-1941)



Mujeres que pisan fuerte



Hoy en día nos parece lógico que las mujeres salgan a pasear por su propio pie, caminen por la naturaleza, escalen y practiquen el alpinismo con total libertad y sin preocupaciones. Pero, aunque nos sorprenda, la posibilidad de caminar solas les estuvo restringida durante mucho tiempo, incluso hasta principios del siglo xx. ¿Por qué?

¿Hay realmente diferencias entre hombres y mujeres en cuanto a caminar, como sugieren las teorías (neurológicas) y las investigaciones sobre el movimiento orientadas al debate sobre los sexos? De hecho, algunos estudios actuales sobre la desigualdad, condicionada por la fisiología, del rendimiento entre hombres y mujeres documentan que las áreas del cerebro que se activan al andar son distintas en los hombres y en las mujeres, como también son diferentes y específicas de cada sexo la percepción y la valoración del movimiento. En este contexto, ocuparse de la historia de las mujeres que andan resulta revelador y asombrosamente actual.

En este libro se explica la historia de las mujeres centroeuropeas que empezaron a desplazarse a pie y a pasear, y la autora lo hace de la mano de testimonios extraídos de obras pictóricas y fotografías que reflejan una mirada masculina, puesto que la mayoría de los autores eran hombres. El atractivo especial reside en el diálogo que se entabla con ejemplos literarios y con episodios de la historia contemporánea, novelas, testimonios propios y diarios escritos por mujeres que mostraron una actitud segura entre las mujeres de su época respecto a caminar. Los textos disponibles no abundan, pero son apasionantes, fantásticos e incluso divertidos.

En todas las épocas ha habido mujeres con coraje. Las caminatas libres y la ascensión a montañas por parte de mujeres se remontan al siglo xvi, asociadas a una nueva visión del mundo en relación con la naturaleza. Pero, al tratarse de fenómenos aislados, no se tendrán en cuenta en la presente publicación. Tampoco se considerará la participación de las mujeres (como acompañantes o portadoras) en los viajes de peregrinación.

Que una mujer caminando fuera el motivo de la literatura y la pintura de finales del siglo XVIII y del siglo XIX nos lleva a cuestionarnos el porqué. ¿A qué se debía la importancia de los paseos y las caminatas, y cómo se llegó a ello? ¿Qué papel desempeñaban las mujeres en esas actividades y en qué contexto se plasmó por primera vez en el arte? Evidentemente, los paseos por parques, jardines o avenidas estaban reservados, al principio, a la aristocracia y a la burguesía pudiente. Pasear (en coche o a pie) formaba parte de una vida cotidiana que, tras levantarse tarde, preveía recibir y corresponder a las visitas, almorzar y escribir cartas, ir al teatro y también a los bailes hasta bien entrada la noche. Por lo tanto, las primeras obras representan paseos cortesanos por parques y jardines. Deambular entre arriates extensos, diseñados con formas geométricas y rigurosamente simétricas, entre setos bien recortados, estanques, esculturas y pequeñas arboledas, comportaba cumplir unas ceremoniosas normas de conducta y de vestimenta preestablecidas. La clase alta se entretenía generalmente aislándose y siguiendo el modelo francés. Sus miembros se retiraban a esos lugares para relajarse y recobrar el ánimo, para dedicarse a la contemplación o reunirse en la intimidad. Las damas de la nobleza podían pasear también solas por los jardines barrocos, aunque el jardín en forma de recinto amurallado se consideró siempre un lugar propio de las mujeres, su retiro del mundo exterior. La visita diaria de rigor al parque y al jardín, en la que se desarrollaba un juego social de ver y ser visto, formaba parte de la representación pública, de la vida elegante y aristocrática, y simbolizaba la pertenencia a una determinada clase y la confirmación del rango social.

Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII empezó a perfilarse un creciente aburguesamiento de los paseos. Los parques públicos, jardines y bulevares se abrieron a todas las clases sociales. No obstante, hasta aproximadamente el año 1800, solo una minoría privilegiada podía permitirse el placer de demostrar a qué clase pertenecían paseando y deambulando a cualquier hora del día. Además, se regulaba y se controlaba la entrada a los parques que frecuentaban los miembros de la aristocracia y de la alta burguesía para evitar que se toparan con la «plebe» y se mezclaran con ella, sobre todo porque temían enfrentarse a conductas ordinarias. Se decía, por ejemplo, que en los parques ingleses no era extraño que orinaran o hicieran aguas mayores a la vista de los paseantes, poniéndose de cara a los matorrales para que nadie los reconociera.

Gabriel de Saint-Aubin (1724-1780)
Paseo en Longchamp, hacia 1760
Óleo sobre lienzo, 80 x 83 cm
Musée Hyacinthe Rigaud, Perpiñán

